

Crónica • Víctor Hugo Michel/enviado **Día con día** La ira de Dios • Héctor Aguilar Camín



La ira de Dios

Algo hay que decir sobre el horror del terremoto haitiano, pero es difícil decir algo sobre un hecho que está más allá de las palabras.

Recordé un libro notable de Fernando Escalante Gonzalbo: *La mirada de Dios. Estudio sobre la cultura del sufrimiento*. (Paidós, 2000) En ese libro hay un capítulo más notable aún: "Voltaire mira el terremoto de Lisboa".

El 1 de noviembre de 1775 un terremoto arrasó la ciudad de Lisboa. El hecho indujo en Voltaire la escritura de un poema que sacudió la conciencia ilustrada de Europa.

Voltaire propuso como tema de su poema el axioma "Todo está bien". El poema se dedica a mostrar, con ironía de potentes resonancias (anti)teológicas, que no todo está bien, que desastres como el terremoto de Lisboa demuestran o sugieren la improbabilidad de Dios.

"Un Dios infinitamente bueno", escribe Fernando Escalante, siguiendo el argumento volteriano, "no puede querer la destrucción y el sufrimiento de los inocentes; un Dios justo no puede ocasionar catástrofes de manera caprichosa".

La mirada de Voltaire sobre las ruinas de Lisboa marca un antes y un después de la conciencia de Occidente respecto de los desastres de la naturaleza y la razón del sufrimiento. Si la mano divina deja de ser la responsable de los males del mundo, hemos quedado a la vez

libres y huérfanos para entender las causas reales de esos males y cambiarlas.

La brutalidad del terremoto haitiano, por mejor decir, de la intemperie inhumana que siguió al sismo, hace sonar de nuevo en los medios la metáfora de la ira de Dios. La ira de Dios no explica nada, es un recurso exclamatorio, una forma ruidosa del silencio esencial en que nos deja el desastre.

No sé si habrá también en la conciencia mundial un antes y un después de la tragedia haitiana. Visto desde la ventana siempre escandalosa de la prensa, parece claro que Haití necesita de una intervención internacional absoluta, que establezca condiciones mínimas de orden, sanidad y reconstrucción.

Haití después del sismo se antoja el primer Estado fallido radical de América Latina, un país incapaz de autogobernarse, cuya única alternativa de vida es ser gobernado y reconstruido bajo un protectorado internacional.

Todo está bien, diría entonces Voltaire. Dios tuvo que destruir Puerto Príncipe para reconstruir Haití.

Lo cierto es que la tragedia haitiana no es sólo una catástrofe natural. Es sobre todo, dice David Brooks en *The New York Times*, una "historia de pobreza. De edificios mal contruidos, mala infraestructura y pésimos servicios públicos".

No es una catástrofe hija de la mano de Dios, sino del hombre. ■■M

acamin@milenio.com

